

SISTEMAS CIRCULATORIOS: prácticas de control de la circulación de las mujeres en los espacios públicos

Helen Turpaud¹
U.N.S.

El presente trabajo se desprende de mi intervención en una discusión abordada en la lista RIMA (Red Informativa de Mujeres Argentinas), espacio de debate feminista que nuclea activistas de todo el país y donde se intercambia información y opiniones varias vinculadas con los derechos de las mujeres y la comunidad LGTTBI. Esta red fue creada en el año 2000 por las militantes feministas rosarinas Irene Ocampo y Gabriela De Cicco.

En la edición del 3 de marzo de 2011 de la revista *El Guardián*, propiedad del ex banquero menemista Raúl Moneta, el escritor y periodista Juan Terranova publicó una nota titulada "Arte, provocación y guarradas en las calles"² en la que, entre otras cosas, critica la existencia de un blog moderado por la curadora de arte porteña Inti María Tidball-Binz, <http://buenosaires.ihollaback.org>, que apunta a la concientización y lucha contra la práctica del llamado "piropo", el cual se identifica en el blog como "acoso sexual callejero" por el hecho de que implica una práctica donde se ejerce una asimetría de poder que involucra a hombres que le dirigen a las mujeres expresiones que estas no han motivado ni pedido y que, las más de las veces, no pueden contraatacar y las coloca en un lugar de disponibilidad para la mirada masculina, las inmoviliza, las determina o las expone (siempre que la mujer en cuestión no esté acompañada de otro hombre que aseguraría que esta disponibilidad ha sido suspendida por un par varón). Se anima, pues, a que las mujeres narren en el blog las experiencias que les han generado mayor malestar y articulen posibles modos de reacción. Terranova remata el artículo mofándose de la iniciativa y diciendo "me gustaría romperle el argumento a pijazos" (en su blog personal había dicho "culo" en vez de

¹ helenturpaud@yahoo.com.ar

² Ver el artículo completo en el blog de Terranova: <http://elconejodelasuerte.blogspot.com/search?q=arte%2C+provocaci3n&updated-max=2011-03-04T18%3A18%3A00-03%3A00&max-results=20>. Tidball-Binz también es integrante de RIMA.

“argumento”). La nota generó una gran oleada de críticas.³ Mi intervención en RIMA fue una de ellas, lo cual llevó entre otras cuestiones, a múltiples intercambios en dicha red, a contactarme en reiteradas ocasiones con Tidball-Binz y a postear una versión preliminar del actual trabajo en el citado blog.

El día 26 de marzo, la traductora Gabriela Adelstein puso a disposición de la lista un artículo de Evangelina Himitian sobre el acoso callejero que se había publicado en *La Nación* ese mismo día. Al momento en que Juan Terranova articuló unas supuestas “disculpas” (las cuales no eran tales dado el tono burlón y obsceno que expresaban), y puesto que el editor cultural de *El Guardián*, Sergio Olguín, añadió a esa “retractación” su consideración de las críticas a la nota de Terranova atentaba contra la “libertad de expresión”,⁴ entendí que era atinado cotejar un artículo de Olguín sobre el “piropo” aparecido en la revista “Ñ” de *Clarín* en 2010 con el texto de Himitian, a fin de dilucidar cuál era el trasfondo ideológico-cultural sobre el cual se imprimía la discusión en torno de las agresiones de Terranova. Este particular cruce de textos se realiza manteniendo a la vez la pertinencia de la elección de los artículos en función de la intervención específica que cada uno de ellos implicó en los medios masivos de comunicación durante los meses de marzo, abril y mayo de 2011 y al interior del campo de debate feminista de la red RIMA que se vio involucrado. Esta lectura entiende que lo que está faltando precisamente en textos que abordan temas que atañen a las mujeres es un enfoque que justamente las incluya como sujetos y no como objetos del conocimiento, puesto que, como dicen Beatriz Broide y Susana Todaro en un estudio sobre la metodología y la epistemología en los estudios sociales:

Nuestro enfoque se orienta a la comprensión de las formas a través de las cuales se constituyen y son constituidos los individuos para integrarse a las relaciones sociales de poder. Y uno de los objetivos buscados es la desarticulación de esas formas de constitución de la subjetividad. (Broide y Todaro, 2010: 94)

³ Una mirada sobre las consecuencias de la nota puede verse en el artículo que Mariana Carbajal publica en el diario *Página/12* titulada “La columna que no fue piropo”, el día 20 de abril de 2011. Ver: <http://www.pagina12.com.ar/diario/sociedad/3-166638-2011-04-20.html> Vale aclarar que si bien la nota de Carbajal dice que la bloguera Tidball-Binz lucha contra el “piropo agresivo”, todas las discusiones posteriores y el blog mismo dejan claro que lo agresivo es la situación en sí del “piropo”, por lo cual no habría “piropos no agresivos”, puesto que toda situación de ese tipo implica una aserción del poder masculino y por tanto una agresión.

⁴ Ver la denominada “retractación” en: <http://elconejodelasuerte.blogspot.com/search?q=arte%2C+provocación>.

La circulación de los sujetos en los espacios públicos implica movimientos y visibilidades reguladas por múltiples prácticas, códigos y mecanismos que a su vez implican modos y “permisos” especiales para cada tipo de sujetos de acuerdo con criterios diferenciadores que clasifican y distribuyen estatus diferentes. No pueden circular del mismo modo personas “racializadas” como mestizas o indias que sujetos “neutralizados” para el imaginario de lo “blanco”. Tampoco pueden circular del mismo modo las personas con discapacidades, por ejemplo, y de hecho su visibilidad pública es mínima, puesto que la infraestructura de las ciudades y los sistemas de transporte y acceso a los edificios contempla bien poco las necesidades de estas personas. Del mismo modo, la circulación pública de las mujeres se encuentra generalmente condicionada por modos de control, intimidación y sanción que se operan con niveles de coerción variables. Considero que uno de esos modos de control es el llamado “piropo” o acoso sexual callejero.

Nombrando violencias

En un artículo de Evangelina Himitian titulado “El piropo, esa poesía en extinción”, publicado en el diario *La Nación* del día sábado 26 de marzo de 2011 se intenta dar cuenta de lo que se interpreta como cierta “caída en desuso” de la práctica del “piropo”. Se empieza por una definición:

Tiene un tiempo, un ritmo, una cadencia. Para que surta efecto, debe ser espontáneo, impensado y certero, deslizado justo cuando la mujer que pasa puede oír, pero no ver a quien lo pronuncia. La aspiración de máxima es hacer brotar una sonrisa incontenible en el rostro de quien lo recibe. Se habla del piropo, aquella poesía fugaz y callejera que en algún tiempo fue parte fundamental de la identidad porteña, pero que por estos días parece estar en extinción en las veredas de la ciudad.

Es así que el acoso callejero tiene un ‘timing’ especial, involucra un sigilo acechante y generaría cierta reacción “incontenible”. Se encuentra delimitado dentro de un determinado espacio y tiempo, pues es “poesía fugaz y callejera”, y sería parte de una supuesta “identidad porteña” cuya progresiva desaparición como algunas personas lamentan la disolución del “macho argentino”, ícono del nacionalismo patriarcal.

Parece, también, que aquellos sujetos considerados “poetas” sin más sufren el desalojo en favor de otros agentes callejeros que no son claramente definidos:

Los poetas de mitad de cuadra, aquellos que tenían la agilidad mental para sorprender y halagar a la mujer que pasaba, fueron reemplazados, hace ya años, por hombres de poco ingenio que apenas pueden articular una grosería en una sola palabra. ‘El piropo fue reemplazado por una expresión

frontal y agresiva. Se perdió la sutileza. El piropeador de antaño era un celebrador de la belleza femenina. Tenía una visión caballerescas de la feminidad, que implicaba respeto y deseo. Era una reacción espontánea producida por un encuentro que le inspiraba poesía. Hoy, en cambio, existe una visión pornográfica del piropo, por ser fragmentaria. La destinataria no es la mujer, sino alguna parte de su cuerpo', explica el filósofo Santiago Kovadloff.

Tampoco por estos días las mujeres andan con la cabeza gacha, sonrojándose indefensas, cuando caminan por ahí. No son pocas las que, al oír un comentario que las ofende o que las coloca en la categoría de objeto sexual, pegan la media vuelta y encaran, insultan y hasta ponen en ridículo a quien les dirigió la ofensa.

Aquellos "poetas", entonces, tenían, según parece, una gran habilidad para ejercer su "arte", cuyo objeto era la "belleza femenina", por no decir directamente que hacen de las mujeres su "objeto", reiterando la larga tradición de las mujeres como "musas" inspiradoras de los poetas.

En un salto a la justificación estadística, Himitian apunta:

Todo esto podría llevar a pensar que a las mujeres no les gusta que les dirijan piropos. Sin embargo, una encuesta que realizó La Nación entre sus lectores online arrojó que el 63% de las personas cree que a las mujeres les gusta recibir piropos, el 16% que les molesta y que el 19% dice que ya no los escucha y el 2% no sabe o no contesta. 'Lo que a las mujeres no les gusta es la falta de respeto y, sobre todo, de ingenio', apunta Kovadloff.

Es al menos sorprendente que la encuesta que se cita para argumentar que a las mujeres les gustarían los piropos no fue específicamente hecha a mujeres, sino que son "personas" que responden online y que creen que las mujeres gustan de tal o cual expresión (podemos suponer que también respondieron hombres, o al menos no se puede probar lo contrario). Por otra parte, las "autoridades" en la materia que se citan en el artículo son todos varones: Santiago Kovadloff (cuyas filiaciones con la derecha argentina son muy conocidas), Sergio Sinay ("especialista en vínculos", categoría algo difusa) y José María Fernández Pequeño (escritor dominicano a quien parece sin embargo que se le reconoce cierta autoridad para hablar de la "identidad porteña"). No aparece directamente la voz de las mujeres, salvo la de la propia autora de la nota, quien no obstante no articula sus propios argumentos sino recurriendo a las opiniones de voces masculinas. Y aun si la encuesta fuera realizada a las mujeres esto no quiere decir que esto valida y condona el acoso por el solo hecho de que muchas mujeres lo acepten (aunque tampoco hay que perder el eje de la cuestión y culpar a las mujeres por la opresión que se ejerce sobre ellas). Nadie realizaría una encuesta como la de Himitian reemplazando la palabra "piropo" por "comentarios racistas"

para validar el racismo, ni se condenaría la “falta de ingenio” de algunos comentarios racistas, exaltando así el “arte” de ser “ingeniosamente racista”. La aceptación popular de muchos modos de violencia o estereotipación, tanto machista, como xenófoba, como racista, no es más que un indicador de la gravedad del problema.

En una discusión sobre el artículo de Himitian en RIMA, la activista post-feminista chilena Francisca Barrientos analizaba el tema en los siguientes términos:

Por piropo, se [entendería] el acto decir – a una mujer- una frase furtiva y al pasar que es ‘deslizada justo cuando la mujer que pasa puede oír, pero no ver a quien lo pronuncia’. Es entonces, un acto de calle, sin autor, sin un punto de origen, un flujo... Un gesto que retumba en la ciudad, que recorre los rincones a modo de perpetua señalación de lo femenino. Una barrera de entrada al ser mujer, una marca que distingue a las mujeres de los/las no mujeres. El piropo del que nos habla el texto es un gesto que designa o resalta la existencia de ciertos rasgos que parece necesario resaltar en la figura de la mujer que es piropeada. *Pero el piropo no solo resalta lo femenino, en estricto rigor lo crea, lo potencia, le otorga cabida en lo ‘real’.* Lo que se hace con un piropo es definir ciertos rasgos deseables y constitutivos en el hecho de ser mujer. *Un piropo reproduce (que nunca se nos olvide la potencia del lenguaje) las estructuras de la diferenciación sexual y articula una serie de procesos discursivos que reelaboran de manera performativa las normativas de feminidad y masculinidad imperantes.* Así cuando a una mujer le gritan algo en la calle, no está encarando solamente al interlocutor que ha llevado a cabo esa acción, sino que se enfrenta a la maquinaria de la construcción subjetiva de la sexualidad moderna, a la maquinaria simbólica que crea a hombres y mujeres y los dota de significado al tiempo que nos hace creer que es algo natural. Cada vez que se lanza un piropo y se resaltan ciertos atributos de lo femenino, se genera una refundación de los signos que marcan a la mujer.⁵

O como explica la colombiana Elizabeth Lozano en la revista platense *Oficios Terrestres*:

Cuando una mujer camina por las calles se le recuerda constantemente que está en público, y que ella misma es pública, que es objeto de un juego colectivo de poderes y deseos. Cuerpos y rostros anónimos la sopesan, le recuerdan la presencia de sus piernas, su rostro, sus ojos, su vestido, su peso, su sexo y su edad. Un conductor pasa y me grita ‘¡Qué...!’, con una referencia medianamente obscena a mi anatomía. Estas calles me dicen si he aumentado de peso o si estoy muy flaca; si he envejecido, si me veo fea o atractiva. Debido a que estoy en público otros pueden hacer comentarios y expresar sus consejos, opiniones, amenazas y deseos.

Sigue la línea de Himitian la columna “Del piropo como una de las bellas artes”, de la edición impresa del suplemento “Ñ” del diario *Clarín*, sábado 30 de octubre

⁵ Correo electrónico de Francisca Barrientos como “Panchiba Tecno-rata”, lista RIMA, día martes 29 de marzo de 2011 (se han corregido algunos detalles ortográficos y de puntuación; cursiva mía).

de 2010, redactada por el escritor y periodista Sergio Olguín (columnista de la revista *La Mujer De Mi Vida* y editor cultural de *El Guardián*). En la mencionada columna, Olguín define lo que cree que son las bases del “buen piropo”:

El auténtico piropo no es la frase galante que se dice a una pareja, a la prima, o a la cuñada. Para que sea un piropo hay que decírselo a una desconocida. Y al menos uno de los dos actores (el piropoeador, o la piropoada) tiene que estar en movimiento. La fugacidad del piropo lo vuelve un arte de ejecución difícil y temeraria. Hay que captar la atención en una frase que puede durar como mucho diez segundos. (...) Y no sólo es un arte fugaz, también es exclusivo (se dirige a una sola persona) y –sobre todo– ingrato: el piropoeador nunca sabe si lo que dijo produjo el efecto esperado que no es otro que mostrar la sorpresa, la alegría o la excitación ante la belleza de las formas y el andar femeninos [sic]. Es cierto, puede haber una media sonrisa delatora, o un movimiento leve de rostro que indica desagrado en la persona que recibe la frase lisonjera. Pero el piropoeador sabe que lo suyo es un arte sin consecuencias visibles para él. Es el artista más desinteresado.

El escritor diferencia, entonces, la “frase galante” que se le dirige a las mujeres conocidas de su entorno, del “piropo” propiamente dicho, cuyo objeto es una persona desconocida. Olguín expresa que el acoso implica una “frase lisonjera” pero a la vez admite que la persona destinataria puede mostrar desagrado. Se desconoce pues que el problema del acoso callejero no está en la diferenciación por contenido (“lindo”/“grosero”, discusión que siempre puede volverse una coartada), sino en la situación: la mirada masculina “decide” que tiene derecho a decirle a las mujeres lo que quiera, controlando, nominando y determinando su circulación en el espacio público. En rigor, una “grosería” puede ser ciertamente deseable y excitante en un intercambio erótico consentido. Pero en el acoso callejero no hay consentimiento, los acosadores no lo buscan ni les importa: el acoso busca que la otra persona “baje la mirada” en un gesto de sumisión, a diferencia de la seducción, en la cual una/o busca “encontrarse” con la mirada del otro/a, vislumbrando un horizonte de consentimiento. El acoso se sirve de lo que en inglés se denomina ‘male gaze’, la mirada masculina que no mira meramente, sino que quiere comunicar el acto de mirar como un modo de controlar (es el aviso “ojo, te estoy mirando”). Al patriarcado le es sumamente funcional sostener la suposición de consentimiento como excusa (“es algo lindo”, “les gusta”), cuando lo que precisamente menos importa dentro de esta lógica es el consentimiento (recuérdese que esto opera también en situaciones de violación). La lógica del acoso callejero está dentro de esta “confusión” de opuestos que

desconoce la voz de las propias afectadas y donde se clausura constantemente la escucha del 'no' de las afectadas.

El "piropeador" se nombra como "desinteresado" y a la vez se espera alguna gratitud. En verdad, Olguín no reconoce más que el interés del propio "piropeador", hecho que se hace evidente en un pequeño desliz gramatical y de redacción que dice que el "efecto esperado" es "mostrar la sorpresa, la alegría o la excitación ante la belleza de las formas y el andar femeninos". Es decir que el efecto esperado es mostrar lo que ya de por sí supuestamente se está mostrando en el mismo acto de "piropear", es decir la expresión de sorpresa, alegría o excitación del propio piropeador. El discurso de Olguín identifica el efecto con la causa en una misma frase circular y -en verdad- narcisistamente autorreferencial. Olguín desconoce (y censura) por completo la opinión de quien puede sentir desagrado ante el acoso callejero, fuere "lindo" o "feo" (el acoso sexual laboral también consiste muchas veces en decir expresiones "lindas": el tema no es el contenido de lo dicho en el acoso, sino el hecho de que el acoso pretende su propia autogratificación, y de hecho es incrementado por el hecho de ser inmotivado y no deseado, es decir, como todo acto de dominio, pretende performativamente "declarar" su dominio y nada más, y, como parte de su acto de dominar, desconoce activamente el no-deseo de la otra parte). Olguín hasta pretende no entender ninguna opinión que pudiera dar cuenta de un modo diferente de leer el acoso callejero, opinión expresada precisamente por las destinatarias de estos actos:

Cuando uno sale de la boca del subte de la estación Perú de la línea A, en la pared de la histórica confitería London City hay una pintada hecha en estencil que dice: 'No quiero tu piropo, quiero tu respeto'. Muchas veces me pregunté quién la habría pintado. Quién se habría sentido tan ofendido (¿ofendida?, ¿debemos suponer que es una mujer? ¿tal vez un hombre que nunca recibió un piropo callejero?).

La voz misógina dice desconocer el origen de la voz que le impone un límite, desconoce la autoridad de la palabra de las mujeres hasta tal punto que en un acto de evidente mala fe declara no saber si se trata quizás de un hombre que se siente ofendido por no haber recibido nunca un "piropo" (flota aquí cierto aire homofóbico propio de los comentarios dirigidos a los hombres que no actúan de acuerdo con las normas machistas, y que no se diluye con la cándida observación de que él, Olguín, en su adolescencia fue "piropeado" por un grupo de alumnas de

un colegio privado que, sintomáticamente, recuerda que se encontraban tras las "ventanas enrejadas").

Los estenciles son, esta vez sí, manifestación de un arte callejero, guerrillero y militante que muchas veces denuncia situaciones de injusticia y violencia. Sin embargo, la observación de Olgún ubica este estencil contra el fondo de una histórica confitería, reforzando en este mismo acto el lugar de lo instalado, lo "tradicional" que vendría a representar su defensa del "piropo" en extinción, frente al anonimato del arte callejero que denuncia la misoginia. La voz de Olgún, y el cinismo de presentar "sorpresa" frente al estencil, viene a representar reaccionaria y quizás inconscientemente las históricas tradiciones porteñas (casi colonialistas: "conquistar" cuerpos se continúa de la acción de "conquistar" territorios). Estas tradiciones que defiende la voz patriarcal se ven amenazadas por esta otra voz que dice en primera persona que no desea la irrupción violenta y que claramente contrapone "piropo" y respeto: la narración del escritor le reconoce legitimidad a la invasión patriarcal (para eso es que escribe la nota), pero no le concede el mismo estatus de legitimidad a la lucha feminista o a la denuncia callejera.

No obstante, Sergio Olgún hace un par de concesiones:

Es cierto, el piropo tiene algo de invasivo, puede ser obsceno. Pero con la obscenidad pasa lo mismo que con el sexo: están sobrevalorados. El piropo tiene otra propiedad y es, justamente, la de autocastigo. El que dice una grosería, el que se pasa de guarango intentando pasarse de listo, es decididamente un idiota. (...) El único piropeador que no es digno de respeto no es el guarango, sino el que sólo se limita a tocar bocina desde un auto cuando pasa una chica. Algo tan ridículo como llevar un piropo grabado para reproducir delante de una mujer. Si al toque de bocina no se lo acompaña con una frase (no importa si copiada hasta el hartazgo, o si es una línea ciento por ciento original) estamos ante una etapa previa al piropo, salvaje y para nada artístico.

El "pasarse de guarango" es de algún modo reconocer que hay algo de "guarango" en lo que no es aún "pasarse". Y por cierto, sí, el sexo está sobrevalorado... el sexo hetero-normativo, invasivo y patriarcal es lo que está sobrevalorado (aunque desconocemos lo que Olgún quiso decir con "sobrevalorado", pero bienvenida sea la acción de asaltar el léxico de su nota y re-usarlo). Y también suponer que un "piropo" es algo agradable, "agradecible" y "poético" no es siquiera una sobrevaloración: es simplemente insostenible en tanto y en cuanto hay muchísimas personas que se sienten agredidas, intimidadas o inmovilizadas por estos actos. Para la voz misógina, el mero bocinazo es

"salvaje" (quizás por el nivel de afasia que implica, algo no esperable de los hombres, pero sí esperado de las mujeres a quienes ese bocinazo es destinado). Es "salvaje" salvo que se acompañe de una verbalización que Olguín parece entender como un acto civilizador y -en un mismo pase de magia- también "artístico", ideas que implican sobrevaloraciones si las hay.

Y cuando Olguín habla de la filiación del "piropo" con lo "caballero", está tratando de inscribir la práctica que defiende en una determinada tradición cultural sabiendo que buena parte de los códigos de lo galante, de lo caballeresco, etc., surge dentro de lo que se llamó el "amor cortés" durante la Edad Media, cuando algunas mujeres gozaban de un nivel de libertad que luego se redujo (con la Inquisición y otras instituciones). Sin embargo, eso no quiere decir que ese código implicara necesariamente la idea de igualdad o reciprocidad. Recordemos que el amor cortés no fue producto de las luchas de las propias mujeres, sino una concesión bien acotada de la sociedad feudal al lugar de algunas mujeres, en su mayoría pertenecientes a la nobleza: se les reconocía un estatus privilegiado, pero siempre recordando de algún modo, a través del entorno misógino, que eran los hombres quienes determinaban a las mujeres, de modo galante o no. Era una heterodesignación que no renunciaba al poder de nombrar. Y es que la violencia está precisamente ahí: la violencia del acoso callejero está en el hecho de considerarse con el derecho de decir de una persona desconocida qué es lo que se considera "enunciable" de ella al circular en el espacio público. Nombrar es crear, nombrar es legitimar. Y lo que no tolera la voz patriarcal es que neguemos el modo en que se nos nombra y decidamos nombrarnos por nosotras mismas. El estencil que impone un límite a la hetero-designación es un acto de autodesignación liberataria que -muy previsiblemente- iba a causar escozor en los sectores más reaccionarios de la sociedad.

Por otra parte, también es interesante ver cuáles son las reacciones de los varones cuando una responde a su acoso de modos en que no esperan: la experiencia que observamos en las calles es que los acosadores casi siempre responden con agresión, se burlan de la mujer que reacciona, le achacan ser "amarga", tener "mal carácter", de ser frías, etc. Es así que la autodeterminación y la rebelión, en el caso de las mujeres, es remitida al ámbito de la falta de goce y de lo anorgásmico, puesto que persiste el mandato de que las

mujeres no deban ni puedan decidir por sí mismas aquello que les proporciona placer o que expresa su deseo.

Por otra parte, Olguín pareciera mostrar una veta de clase al señalar al sector social más oprimido como mayor cultivador del "piropo", con lo cual invisibiliza totalmente los modos de acoso callejero o laboral que ejercen los hombres adinerados o en puestos importantes en empresas grandes, donde el acoso sexual es un problema muy grave. Por no mencionar el acoso a mujeres y trans que se ejercen desde espacios de poder institucional, como el que ocupan agentes policiales. Pero para el autor del artículo en el suplemento "Ñ": "Por lo visto (y oído), los barrios sur de la ciudad cuentan con mayor número de practicantes de este arte. Y entre las profesiones y oficios, los camioneros parecen destacarse sobre los demás."

Volviendo al artículo inicial que dio origen a este escrito, cabe destacar que es Olguín quien confesadamente "recomienda" a Juan Terranova cambiar la palabra "culo" por "argumento" en el final de su artículo de marzo de 2011. La palabra "culo" parece sonarle fuerte. Nuevamente lo censurado no es la legitimación de la agresión sexual con que Terranova se despacha contra Tidball-Binz. En rigor, dentro de nuestro sistema léxico, la palabra 'pijazo' es considerablemente más "escandalosa", "grosera", "obscena" o "fuerte" que la palabra 'culo'. Sin embargo, Olguín no sugiere cambiar esta palabra, sino esconder el (término) 'culo', es decir que su discurso nunca revela un interés por renunciar a la autoglorificación fálica de la violencia de género.

Es todo esto lo que a mi entender hace de la serie de artículos de Olguín, Terranova y Himitian una muestra que responde a un imaginario social que sigue legitimando lo que para muchas mujeres constituye una violencia masivamente invisibilizada y simpáticamente defendida tanto por quienes ejercen esa opresión como por quienes en virtud de su identidad de género de hecho seguramente la han sufrido en muchas oportunidades y, como sucede tantas veces, son las personas oprimidas que "incorporan los mismos términos de quienes las oprimen".

BIBLIOGRAFÍA

BARRIENTOS, Francisca, Correo electrónico como "Panchiba Tecno-rata", lista RIMA, día martes 29 de marzo de 2011.

BROIDE, Beatriz y TODARO, Susana, "Un marco epistémico para el estudio de las relaciones de género en las ciencias sociales", *Revista Herramienta*, número 45, Buenos Aires, octubre 2010, pp. 93-103.

CARBAJAL, Mariana, "La columna que no fue piropo", *Página/12*, 20 de abril de 2011. Disponible en <http://www.pagina12.com.ar/diario/sociedad/3-166638-2011-04-20.html>.

HIMITIAN, Evangelina, "Los piropos, esa poesía en extinción". Disponible en <http://www.lanacion.com.ar/1360455-los-piropos-esa-poesia-en-extincion>.

LOZANO, Elizabeth, "Convertirse en otra y en otra más: porosidad e ironía de la identidad étnica en los Estados Unidos", *Revista Oficios Terrestres*, La Plata, año XIV, número 23, 2008, pp. 194-207.

OLGUÍN, Sergio S., "Del piropo como una de las bellas artes", *suplemento "Ñ"* del diario *Clarín*, día sábado 30 de octubre de 2010, p.37.

TERRANOVA, Juan, "Arte, provocación y guarradas en las calles". Disponible en Terranova:
<http://elconejodelasuerte.blogspot.com/search?q=arte%2C+provocaci3n&updated-max=2011-03-04T18%3A18%3A00-03%3A00&max-results=20>